

*¿Cuál Es El
Fundamento
De Nuestra Fe
En El Señor
Jesús?*

© 2018 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: abril 2018

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010418-025

¿Cuál Es El Fundamento De Nuestra Fe En El Señor Jesús?

Juan 12:11 *“Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él”.*

Juan 12:23 *“Estando en Jerusalén en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. v:24 Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, v:25 y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre”.*

El milagro que el Señor hizo en Caná de Galilea fue convertir siete tinajas de agua en vino. En realidad todos los milagros que el Señor hizo fueron maravillosos, sólo que no debemos

S
E
M
A
N
A
-
1
-

ignorar lo que dice el v:24 *“Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos...”*. Este verso es muy difícil entenderlo a simple vista, y sobre todo porque muchas versiones bíblicas tienen una tendencia protestante, pero dice la Versión Cantera Iglesias: *“Pero el Señor no se entregaba a ellos...”*; esta traducción no está lejos del significado de los manuscritos originales, pues, la idea es que *“el que no cree no se entrega”*. No es una idea descabellada interpretar el verso de esta manera, ya que el amor todo lo cree, por lo tanto, el que desconfía, o no cree, no puede ser abierto. Para que alguien se pueda entregar necesita tener plena confianza, y ese es el sentido del pasaje, que Jesús no se entregaba plenamente a los que creían en Él a causa de los milagros.

El milagro de las bodas de Caná es uno de los más sorprendentes que el Señor hizo; Él convirtió el agua en vino y seguramente toda aquella ciudad se enteró de tal milagro. Es curioso ver cómo el apóstol Juan, lejos de plasmar en sus escritos una exaltación a los milagros del Señor, nos

advirtió acerca de no dejarnos sorprender por ellos. Con esto no estamos diciendo que no existan los milagros, o que sean malos, más bien, sólo queremos enfatizar que la Biblia nos advierte que no nos maravillamos por las cosas sobre naturales de Dios.

La Vida cristiana jamás ha consistido en milagros. Desde que inició el Nuevo Pacto hasta nuestros días, no es cierto que Dios quiere que estemos aferrados a ellos, ni que sean la base de nuestra fe. Es cierto que en la Biblia se narran muchos milagros, pero no por eso fueron el día a día del Ministerio del Señor, ni la experiencia cotidiana de la Iglesia del principio. En el libro de Hechos vemos muchos milagros, pero lo que no calculamos es la gran cantidad de años en los que éstos transcurrieron. No debemos pensar que cada día que la Iglesia estaba reunida sucedía un milagro, eso no fue así, eso es lo que nos hizo ver la doctrina pentecostal. Pero como decimos nuevamente, no estamos negando los milagros, ni los desvirtuamos, sólo debemos entender la advertencia que el

Señor nos hace en cuanto a embelesarnos con ellos.

Queremos ver por la palabra del Señor cuán peligroso es que pongamos el fundamento de nuestra vida cristiana en lo referente a los milagros. Si Dios en algún momento nos hace un milagro debemos ser agradecidos con Él, pero jamás debemos esperar que nos pasen milagros todo el tiempo, eso no es así, y es lo que vamos a probar en La Escritura.

Los versos que leímos al inicio nos muestran que mucha gente creyó cuando el Señor les hizo milagros, es decir, pusieron el fundamento de su fe en lo milagroso, y es donde surgió el error. El resultado de conocer al Señor de esta manera es que Él toma la actitud de no entregarse totalmente a tales creyentes. El apóstol Juan nos muestra a lo largo del capítulo 2 que el Señor no se fía de los creyentes que esperan obtener de Él, un beneficio personal. No es casualidad que seguido al relato del milagro de las Bodas de Caná, el apóstol Juan escribe cómo el

Señor tomó un azote, les volcó las mesas a los cambistas y a los mercaderes del Templo, (Juan 2:13-22) y les dijo: *“Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado...”*. A simple vista tal vez no tenga mucha relación este escenario del Templo con el de las Bodas de Caná, sin embargo, el apóstol Juan sí estaba hablando de lo mismo, de aquellos que buscan obtener de Dios un beneficio personal.

Para entender por qué el Señor se airó en el Templo en contra de los cambistas y los mercaderes del Templo, recordemos que en la Ley de Moisés Dios le dijo a los hijos de Israel que tomaran de lo mejor de sus ganados para ofrecerlos en sacrificio, y los que no tenían ganado debían ofrecer aunque sea unos palominos, pero nadie debía llegar a la casa de Dios con las manos vacías. Ante esta práctica muchos de los hijos de Israel empezaron a vender animales en el Templo, ellos obtenían beneficios personales con las cosas de Dios. Esto es, precisamente, el mal fundamento del cuál estamos hablando, de

querer obtener siempre algo para nuestra cuenta cuando nos acercamos a Dios. Es parecido a la actitud que toman los hijos cuando salen de la casa con sus padres, creen que cualquier salida debe significar para ellos comer en algún restaurante, o por lo menos disfrutar de alguna golosina, y si no lo reciben regresan súper molestos. Que el padre de familia quiera darles algo a sus hijos porque le nace en su corazón, no significa que esté obligado a darles siempre todos sus antojos. De esta actitud niñezca debemos cuidarnos, de no convertir a Dios en la varita mágica que hace realidad nuestros deseos.

Los cambistas y los mercaderes del Templo convirtieron las cosas de Dios en la forma de ganarse la vida, ellos no llegaban con la intención de que hubieran sacrificios, sino de obtener ganancia de lo que el pueblo debía ofrecerle a Dios. Esto se fue haciendo una práctica beneficiosa tanto para el que compraba como para el que vendía; al oferente le salía más fácil comprar un animalito ya en las afueras del Templo, que tener que venir cargando uno

desde su casa, y el que vendía, obviamente obtenía ganancias para sí mismo. El Señor Jesús se indignó de esta actitud, al punto que agarró un azote y los echó del Templo.

El Evangelio moderno le hace creer a la gente que cada vez que van a la Iglesia Dios tiene que darles algo a cambio. Esta no debe ser nuestra concepción del Evangelio, más bien debemos reunirnos con nuestros hermanos sabiendo que es un honor venir a la casa del Señor, y que es un privilegio traer una ofrenda para Él, lo demás sólo debemos recibirlo con acción de gracias. Muchos dejan de asistir a la Iglesia porque no escuchan un buen sermón, pero yo le pregunto: ¿En qué parte del Nuevo Testamento encuentra usted que las reuniones fueron diseñadas por Dios para escuchar sermones? El apóstol Pablo dice en 1 Corintios 14:26 *“¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación”*. Este Evangelio de Pablo no concuerda con el Evangelio moderno. La

Iglesia del Principio no se reunía para ir a recibir, más bien se reunían con la intención de llevar algo que edificara al Cuerpo de Cristo. Hoy en día los creyentes no saben lo que es dar o hacer algo desinteresado, sino que en todo esperan recibir algo a cambio. Muchos hermanos se ven motivados a colaborar en ciertos servicios de la Iglesia toda vez y cuando, se les de algún distintivo sobre los demás hermanos. Los varones quieren un saco o una corbata que los diferencia de los demás, igualmente las hermanas se hacen ropas que llamen la atención, el punto es recibir aunque sea un poquito de gloria por lo que hacen.

En algunas ocasiones las Iglesias han hecho colectas para comprar sillas, o para hacer alguna otra diligencia para los locales de reunión, el punto es que cuando la recaudación se hace pública, la reunión se convierte casi en una subasta, a ver quien da más. No estoy diciendo que no se deba hacer eso, pero es obvio que el ambiente estimula la carne de muchos, pues, terminan dando para ser vistos y

alabados por los hombres, de hecho estas colectas siempre son super abundadas. En otras ocasiones se han hecho colectas y se les ha pedido a los hermanos que escriban su promesa en un papel, pero casi nunca se llega a la cantidad deseada. Es obvio que esta metodología no exalta la carne de nadie, por lo que no dan de la misma manera. Esto nos muestra que no buscamos la recompensa que viene de Dios, sino la recompensa que viene de los hombres. El Señor Jesús advirtió sobre estas cosas, lo dice Mateo 6:2 *“Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de tí, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. v:3 Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, v:4 para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”*. El hombre caído busca siempre la vanagloria de los hombres.

En los tiempos del Ministerio del Señor muchos lo siguieron por la comida, y en una ocasión Jesús les dijo: “...*De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis*” (Juan 6:26). ¿No será que nosotros estamos infectados de este mal? ¿No será que hemos creído y perseverado en el Evangelio con el fin de que nos vaya bien? Podemos seguir desarrollándonos de esta manera, pero será deficiente, será carente de la realidad de Dios. Si no cambiamos de ruta, a la hora que el Señor quiera usarnos para Su obra, seremos hallados obreros fraudulentos, gente inútil para el servicio.

Hay dos razones por las que debemos corregir este camino:

1. Perdemos De Vista Que El Evangelio Opera En Nuestro Ser Interior.

EL Evangelio opera al 100% en el ser interior del hombre. Lo que vemos de Dios afuera no es una regla a seguir. Si Dios le hace un milagro a un hermano, no es obligación que Él me haga ese milagro también a mi. Dios le puede hacer milagros a personas inconversas, y no por ello está obligado a hacerle milagros a los creyentes. No es que no creamos en los milagros, los hemos visto, y muchos han sido sorprendentes, pero eso no quiere decir que Dios está obligado a hacernos milagro tras milagro. El trabajo de Dios a través del Evangelio no es sanar el cuerpo físico, sino el alma. Dios puede sanar a alguien de un cáncer terminal, pero tarde o temprano se

S
E
M
A
N
A
-
2
-

va a morir de una ú otra causa. Dios da sanidad divina pero no salud divina, de algo tenemos que morir. Dios nos puede librar de accidentes, de hombres peligrosos, de terremotos, etc. pero ese no es el fin del Evangelio, tarde o temprano habrá algo de lo que no seremos librados. El Evangelio no nos fue dado para arreglar nuestro mundo exterior, sino para vivificar nuestro ser interior. Hay hermanos que dicen: “yo quiero ofrendarle más dinero al Señor, por favor oren por mi para que me aumenten el sueldo”; Si un hermano quiere dar más, no es necesario que Dios le aumente más el sueldo, lo que puede hacer es vender sus posesiones y ofrendárselas al Señor; en realidad él sólo busca más dinero para su propia cuenta. Todos tenemos este tipo de actitudes para con Dios, de una ú otra manera buscamos algo extra ordinario de Él, pero debemos tener claro que el fundamento del Evangelio no es un milagro en el exterior, sino una operación en el corazón.

Dice Mateo 5:46 *“Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No*

hacen también lo mismo los publicanos? v:47 Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? v:48 Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”. Esta tendencia de buscar algo a cambio la tenemos marcada en el corazón no sólo para con Dios, sino también con nuestros hermanos. Cuando le damos un regalo a un amigo esperamos que él nos de algo similar a cambio; de igual manera si alguien nos regala algo espera que nosotros le correspondamos con un regalo de igual valor. En pocas palabras, todos tenemos ambición al dar, pues, damos esperando recibir, y lo mismo hacemos con el Evangelio.

Los efectos de este mal proceder para con Dios los percibimos generalmente cuando queremos tener comunión con Él. Muchas veces sentimos que no podemos acceder a Su Presencia, pero ¿No será que el Señor se nos está escondiendo porque mira el interés que tenemos al acercarnos a Él?, ¿Somos nosotros igual a los creyentes que

creían en Él sólo por causa de los milagros?
¡Dios nos libre de este mal!

Llegará el momento en que los milagros externos cesarán, Dios empezará a tratarnos en el interior, y será lamentable no poder ver la bendición espiritual que Dios puede darnos. Para muchos “mercaderes y cambistas del Templo” la bendición de Dios estriba en la medida que han sido abundadas sus finanzas, y por el contrario, si están en escasez creen que están bajo juicio de Dios. El Señor Jesús le dijo en una ocasión a Sus discípulos: *“Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado”* (Juan 15:20-21). Para nosotros estos versos están fuera de nuestro contexto doctrinal, nadie cree que va a sufrir al venir al Evangelio; si predicáramos esto abiertamente, seguro que nadie se convirtiera a Cristo. Para la

Iglesia del Principio, en cambio, esto fue una realidad, ellos fueron azotados, encarcelados, y entregados a muerte por causa del Nombre de Señor. La fe de los primeros creyentes fue probada enormemente, ellos no se convirtieron al Evangelio por algún interés personal, al contrario, sabían que convertirse al Señor los llevaría muy posiblemente al martirio, a ser el espectáculo en los circos romanos mientras los devoraban los leones. Estos creyentes se sentían dignos de padecer por causa del Nombre de Jesús, no tenían ningún interés personal. El Señor probó la fe de los discípulos en aquel tiempo, y también hará lo mismo ahora, vendrá el tiempo en que los milagros se acabarán y entonces será probada nuestra fe.

Judas el Iscariote es un caso típico que le da vida a esto que estamos estudiando. Judas sustrajo dinero desde el principio del Ministerio del Señor, él siempre robó, y el Señor lo sabía, pero le dio oportunidad que se arrepintiera hasta el día de su crucifixión, pero como no quiso soltar esa vida, no entró tampoco a la otra dimensión

de comunión que estaba por venir. Hermanos, el Señor les retirará la comunión íntima a los creyentes que han puesto por fundamento obtener un beneficio de Él.

No hagamos de la casa del Señor una casa de mercado. La casa del Señor es la Iglesia, y la Iglesia somos nosotros los miembros que conformamos Su Cuerpo, por lo tanto, nosotros tampoco convirtamos la Iglesia en una casa de mercado.

2. Perdemos El Amor Por La Palabra

Dios nos mide en el amor que le tengamos a Su Palabra. El Señor dijo: *“El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”* (Juan 14:23). Note que no nos está hablando de entender la palabra, sino de amarla, de guardarla, de atesorarla. El Señor vendrá y hará morada en aquellos que valoran las cosas espirituales, aquellos que valoran Su palabra. El Señor nos mide en cosas subjetivas, en aspectos que no podemos contabilizar, que sólo las puede

ver Él, y el amor por la palabra es uno de ellos. Hay un amor especial que el Padre y el Hijo le manifestarán a aquel que ama Su Palabra, ellos vendrán y harán morada con él. El guardar la palabra no se trata de entender doctrina, sino de amarla.

Sólo los que tienen un corazón purificado de toda ambición podrán guardar la Palabra del Señor, ya que hay un precio alto que pagar por ella. Amar al Señor y Su Palabra no es algo que nos cause beneficios externos, por tal razón muchos se desentienden de ella.

Hay hermanos que dicen: “Yo vivo *agradecido con Dios por los milagros de sanidad que Él ha hecho en mi vida*”, “Yo vivo *agradecido con Dios porque restauró mi matrimonio*”, “Yo vivo *agradecido con Dios por el trabajo que me ha dado*”, la pregunta es: ¿Qué sucederá cuando falten los milagros?, ¿Qué va a decir el día que falten las finanzas?, ¿Podrá amar a Dios cuando venga la enfermedad?, ¿Seguirá agradecido todavía con Dios? ¡Cuidado! Hermanos, el fundamento del

Evangelio no debe estar en los beneficios que obtenemos de Dios.

En una ocasión el apóstol Juan y el apóstol Pedro iban saliendo del Templo, y un hombre cojo de nacimiento les pidió limosna, pero ellos no llevaban nada de dinero en ese momento. ¿Puede usted creer que el “gran” apóstol Pedro y el “gran” apóstol Juan no tenían dinero? Pedro le dijo: *“No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda...”*. Lo que los apóstoles tenían era más grande que el dinero, lo más grande que ellos tenían era la Vida de Cristo, la cuál en ese momento operó un milagro. Los milagros no son malos, ¡Gloria a Dios por ellos!, lo malo es que el corazón se vuelva un traficante de las virtudes divinas. Pedro y Juan no estaban frustrados por no tener dinero, ellos sabían que tenían algo más grande, tenían a Jesús aún en medio de la escasez ¡Aleluya!

Alegrémonos en el Señor, que Él sea la fuente de nuestro gozo. Si no ponemos a Dios como el fundamento de nuestra Vida,

siempre veremos faltantes, siempre tendremos inconformidad, porque sólo Dios hace al hombre feliz. Muchas veces tendremos pérdidas y sufrimiento por causa del Evangelio, pero gocémonos en ello porque nuestro galardón será grande en los Cielos. El apóstol Pablo dijo en una ocasión: *“...sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones”* (2 Corintios 7:4). Si nuestro parámetro para caminar con Dios es lo que sucede exteriormente, no podremos terminar nuestra caminata cristiana. Si el fundamento del Evangelio para un creyente son los milagros, va a flaquear en su fe cuando vengan los sufrimientos. El apóstol Pablo nunca tuvo estos problemas, al contrario, él se gozaba en las tribulaciones porque su fundamento no era lo externo sino la persona de Jesús.

“El Señor no necesita gente en los púlpitos, necesita obreros; Él no necesita hombres elocuentes, necesita siervos”. Hoy en día hay escasez de gente que le sirva al Señor porque todos buscan una satisfacción propia, todos buscan hacer algo que los emocione. Muchas veces la labor misionera se

extingue porque se acaban las emociones de ir a romper piedra a algún lugar. Qué triste que el límite de nuestra experiencia con Dios y nuestro servicio para Él sea el estado emotivo de nuestra alma. Hoy en día hay que motivar a la gente para que le sirva al Señor aunque sea con un vaso de atol, porque nos hemos mal acostumbrado a “dar”, toda vez y cuando recibamos algo a cambio.

Nos hemos acostumbrado a traficar con Dios, nos hemos acostumbrado a recibir algo de Él, pero recordemos esto: Dios no se entrega a aquellos que le buscan interesadamente.

Retomando el pasaje que leímos al principio en el Evangelio de Juan, al seguir leyendo encontramos la historia del famoso Nicodemo, del cual dice Juan 3:2 *“Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él”*. Nicodemo creyó en Jesús a causa de las señales, se acercó al Señor de manera equivocada, de su propia boca le confesó al Señor que las señales eran la razón de creer en Él como un enviado de Dios. Qué fácil expuso su corazón Nicodemo, rápidamente desveló que su motivación a creer en el Señor era por causa de los milagros. La medicina para el evangelio interesado de Nicodemo fue “Nacer de nuevo”, empezar de cero. Hermanos, no es bueno estar en el Evangelio con un fundamento de

S
E
M
A
N
A
-
3
-

interés propio, es mejor reiniciar nuestra caminata.

Corrijamos la plana de nuestra vida, no seamos como Nicodemo, el cual quiso presumirle al Señor con un corazón ambicioso. El Señor no pasó por alto el error de Nicodemo, Él fue tajante con este hombre, pues, le dijo: *“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”*. En otras palabras, el Señor le dijo que se revisara si de verdad había nacido de nuevo, o sólo si era alguien impactado por los milagros. Dios nos quiere llevar a este punto a todos, es necesario darnos cuenta en qué terreno de fe estamos parados. ¿Seguimos a Dios por los milagros o por lo que Él es?, ¿Necesitamos milagros para perseverar en Él?. Dios nos permita ser reubicados como Nicodemo, que no miremos las cosas superficialmente, sino nos demos cuenta que lo más grande es lo interior.

Tiene que ser probado el vínculo que nos une a Dios. Debemos ser probados como

Rut la moabita, una mujer a quien Dios le mató al esposo, luego al cuñado, luego a su suegro, y para colmo de males, todavía su suegra Nohemí le dijo que no la siguiera, pero ella contestó: *“No me ruegues que te deje, y me aparte de tí; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada; así me haga Jehová, y aun me añada, que sólo la muerte hará separación entre nosotras dos”* (Rut 1:16-17). Bajo ninguna circunstancia, ni por desgracia alguna Rut se regresó a su tierra, ella conoció a Dios de manera genuina y siguió a Nohemí en su retorno a Israel, y como todos sabemos nuestros deseos y ambiciones; que nuestro vínculo con Dios no sea lo externo, sino haber nacido de nuevo genuinamente. Nos es necesario nacer del agua y el espíritu; esto es, ser regenerados en nuestro espíritu, y ser transformados mediante el agua de la palabra, hasta que un día nos sea recompensado en el Reino de los Cielos.

Un día serán juzgados todos los ministros que predicaron a Cristo a Su conveniencia, serán llevados a juicio todos aquellos que han hecho comercio con el Evangelio, pero de igual manera serán juzgados todos aquellos que creyeron a ese mensaje errado. Dios nos permita seguirlo con corazones sencillos, y desinteresados.

Los Verdaderos Discípulos Permanecen En La Palabra.

Dice Juan 8:30 *“Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él”*.

Por las palabras de este verso podemos decir que, muy seguramente el Señor Jesús predicaba, y luego muchos creían en lo que Él decía. Ahora bien, sabiendo el Señor que “creer” no es el fin del camino, sino solo el principio, dijo lo siguiente: *“...Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”* (Juan 8:31). El Señor confrontó a los creyentes diciéndoles que hay algo más que creer.

El Evangelio de Juan nos presenta la problemática que tuvieron los que creyeron en el Señor Jesús. Ya vimos como muchos creyeron a causa de las señales que Jesús hacía, por lo tanto, Él no se fiaba de ellos porque el fundamento de su fe era incorrecto. En Juan 8, vemos otro grupo de creyentes que no creen por las señales, sino por la palabra; pero tienen el problema de que no permanecen en ella. Hay creyentes que oyen la palabra, la creen, y reciben la Vida Eterna por medio de ella, pero no permiten que siga operando en sus vidas. Cuando recibimos la palabra inicialmente, ella nos invita a creer en Jesús, pero después quiere lavarnos como lejía con el fin de restaurarnos interiormente. Hay muchos que se conforman sólo con creer en Jesús como Su Salvador, pero después le ponen un límite. La figura de lo que la palabra quiere hacer en nosotros es como cuando el Señor encontró a Zaqueo. El Señor Jesús vio a este hombre subido en un árbol, le dijo que bajara de allí porque le era necesario ir a su casa, y Zaqueo lo recibió aquel día. Ahora bien, la influencia de Jesús

en la vida de Zaqueo lo impactó tanto, que no sólo creyó en Él, sino que dijo que a cualquiera que él hubiera estafado le iba a devolver el cuádruple. Este ejemplo nos muestra que cuando la palabra viene a nuestras vidas, ella es activa, viviente, transformadora. Por eso dice *Hebreos 4:12* *“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. v:13 Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta”*. La palabra de Dios es capaz de producir cambios en el corazón del hombre, toda vez y cuando permanezcamos en ella. La exposición y la permanencia en la palabra es como una gota de agua que cae constantemente sobre una piedra, tarde o temprano le hará mella.

Para ser salvos eternamente debemos creer a la palabra, pero para ser transformados

debemos permanecer en ella. Una cosa es ser un creyente en Jesús, y otra cosa es ser su discípulo, y de igual manera serán los efectos. El buen discípulo no sólo debe creer, si no debe mantenerse escuchando día tras día la voz del Hijo. La palabra es activa en nuestra vida, y ella nos hace pagar un precio altísimo por lo de Dios. La palabra viene a destruir nuestros planes, nuestra vida, nuestros deseos, y no nos deja vivir a nuestras anchas en ningún momento. La palabra es como el buen padre, el cual va a estorbar a sus hijos, los va a corregir, los va a privar de muchas cosas con tal de instruirles para bien. Así es Dios con nosotros, Él no nos quiere dejar cimarrones, Él quiere transformarnos a Su imagen y semejanza, y por esa razón nos ha dejado Su Palabra. Desde el día que nos convertimos al Evangelio, Dios nos tomó por hijos, y Él se ha propuesto hacer algo maravilloso en nuestras vidas. El apóstol Pablo dijo: *“estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”* (Filipenses 1:6); Dios no está quieto con respecto a nosotros, Su Palabra

siempre está activa queriendo transformarnos.

Si nosotros queremos experimentar una transformación en nuestro ser, debemos convertirnos en discípulos de la palabra, ese es el método que Dios nos ofrece para propiciarnos un cambio. Esto es como cuando una olla está llena de grasa, lo mejor es dejarla remojando en jabón para que la grasa se afloje; pero si no se hace de esa manera, inevitablemente hay que rasparla para limpiarla. Más o menos como este ejemplo es lo que el Señor nos ofrece; el método más eficaz para ser transformados es exponernos día con día ante la palabra, pero si no lo hacemos Dios emplea otros métodos más dolorosos. Seamos fieles ante la Palabra, y dejémonos suavizar por ella. No podemos evitar el dolor en nuestra vida, eso es inevitable, pero el golpe no es tan duro como cuando hemos permanecido ante la palabra. Dice *Isaías 66:2* “... *miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra*”.

En Juan 8 vemos que hubieron personas que creyeron en el Señor pero no quisieron permanecer en la palabra. Éstos le respondieron al Señor de la siguiente manera: *“Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?”* (Juan 8:33). Ellos no aceptaron la palabra del Señor, se sintieron ofendidos por lo que Él les había dicho. Éste es un gran problema que tenemos los hijos de Dios, creemos en Él pero no aceptamos lo que nos dice Su Palabra. A veces leemos La Escritura, escuchamos una prédica, y creemos que esa palabra es para el hermano que está a la par, pero rara vez creemos que es para nosotros.

Nosotros empezamos a cerrarnos a la palabra cuando ponemos nuestra razón por encima de las propuestas divinas. A veces Dios nos dice que somos tercos, y en nuestro interior repelemos esas palabras porque creemos que no lo somos. ¿A quién le vamos a creer, a nuestro corazón, o a la palabra de Dios? Dice Jeremías 17:9 *“Engañoso es el corazón más que todas*

las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” La peor desgracia del ser humano es su mismo corazón.

Hay un coro que nosotros cantamos que dice: “*¿Adonde puedo ir? ¿Adonde? ¿En donde puedo estar seguro de mi mismo?, ¿En donde puedo esconderme siendo yo la presa pero también el cazador?...*” Las palabras de este coro nos dicen una tremenda realidad, nos advierten que el mayor peligro que corremos es por causa de nosotros mismos. La palabra llega a nuestras vidas para hacernos ver nuestra realidad, nos muestra que somos llaga podrida, que nada bueno hay en nosotros.

Cuando los creyentes de Juan 8 escucharon la palabra del Señor, se sintieron ofendidos por lo que Él les dijo, no le dieron cabida al mensaje en sus corazones; al contrario, cuestionaron al Señor, y le dijeron: “*¿Cómo dices tú: Seréis libres?*” Ellos inmediatamente cambiaron el sentido de las palabras del Señor, tomaron el mensaje desde una perspectiva política. Estos creyentes

judíos se refugiaron en el hecho de ser linaje de Abraham, y de que jamás habían sido esclavos de nadie. Estaban tan ciegos a causa de su corazón endurecido, que no se daban cuenta que en ese preciso momento eran esclavos de Roma, y además, eran esclavos de las pasiones del alma. Ellos no recibieron el mensaje del Señor bajo ningún punto de vista.

El primer gran conflicto que afrontamos en el Evangelio, es cuando la palabra no puede hacer mella en nuestros corazones a causa de que ponemos nuestra razón por encima de las razones divinas. No le discutamos a Dios, si Él dice que necesitamos ser libres es porque estamos en esclavitud. No nos creamos más sabios que Dios, Él tiene la razón en todo. En el antiguo tiempo hubo un hombre justo, íntegro, que buscaba a Dios, pero su problema fue argumentar ante la sabiduría divina. Los amigos de Job lo llegaron a ver y se estuvieron con él siete días sin decir palabra alguna. Después del séptimo día los amigos de Job empezaron a hablar, y cada vez que uno de ellos le decía algo, él los rebatía con argumentos. Job nunca aceptó un consejo de sus amigos, hasta que Dios mismo tuvo que dejarlo callado,

mostrándole la bajeza humana y la inescrutable sabiduría divina.

La palabra de Dios es para que la creamos y la aceptemos como tal, no para que la dejemos en tela de juicio. Si el Señor dijo que al hacernos discípulos de la palabra seremos libres, pues, así será; no tenemos porqué dudar o juzgar lo que Dios ha dicho. Ante la actitud que tuvieron los creyentes de Juan 8, el Señor les respondió: *“...De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado”*. El Señor les estaba diciendo que eran esclavos porque cometían pecados; por lo tanto, ellos debían aceptar la palabra que el Señor les estaba dando. ¿Quién puede decir que no comete pecado? La Biblia dice: *“Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros”* (1 Juan 1:10). Es fácil leer, o escuchar que todos cometemos pecados, pero cuando la palabra nos confronta personalmente, nos cuesta reconocerlo.

El Evangelio de Juan nos muestra que el Señor les continuó diciendo a los que habían creído en Él: *“Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros”* (Juan 8:37). Todo lo que el Señor les estaba diciendo a estas personas era subjetivo; no es que ellos querían matarlo físicamente, sino procuraban matarlo en el sentido de que no estaban recibiendo su mensaje. Toda persona que no acepta a plenitud la palabra del Señor, está matando al Señor mismo porque Él es la palabra. Cuando rechazamos un mensaje profético, cuando no nos congregamos, cuando pasan los días y no nos exponemos ante La Escritura, cuando no buscamos al Señor, en realidad estamos matándolo. Cristo es la Palabra encarnada.

Estos creyentes que estaban refutando la palabra del Señor le dijeron: *“...Nuestro padre es Abraham”*. Ellos no querían reconocer que eran esclavos del pecado, querían hallarse justificados delante de Dios, por lo tanto, *“Jesús les dijo: Si*

fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais” (Juan 8:39). La obra más grande que hizo Abraham fue “creer”, dice Romanos 4:2 *“Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia”*. Ya que ellos se jactaban de ser hijos de Abraham, era menester que ellos creyeran a la palabra. Si el Señor les estaba diciendo que eran esclavos, ellos tenían que creerle, tenían que humillarse ante la palabra, porque sólo de esa forma serían verdaderamente libres. Tenemos que reconocer que es Dios quien tiene la razón, no nosotros.

Sigamos la lectura de Juan 8:41 *“Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Entonces le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios. v:42 Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió. v:43 ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi*

palabra”. No nos llamemos al engaño, la palabra de Dios nos juzgará a todos. Ningún ser humano por más analfabeta que sea tiene cómo excusarse de no permanecer ante la palabra. El apóstol Pedro era un hombre sin letras, del vulgo, sin embargo, fue un apóstol del Señor. Pedro no necesitó ir a la universidad para ser uno de los doce apóstoles del Cordero, sólo necesitó exponer su corazón ante el Señor. Yo entiendo que no todos podrán predicar la palabra, porque eso es un don de Dios; pero en lo que nadie tiene excusa es en conocer y permanecer en ella, pues, esto es una disposición del corazón. El camino del Señor es amplio, quedó abierto aun para el más torpe, para el más inculto, para el más pobre, para todos; no hay excepción de personas, todos pueden venir al conocimiento de Jesucristo por medio de la palabra. Lo que entorpece al hombre para conocer a Dios es su propio corazón endurecido.

Ahora bien, el Señor les dijo unas palabras muy duras a estos creyentes: *“Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los*

deseos de vuestro padre queréis hacer” (Juan 8:44). Muchos teólogos dicen que el Señor no les estaba hablando a los creyentes, pues, les llamó “*hijos del diablo*”. Lo que debemos entender es que el término “padre” en la Biblia no tiene que ver sólo con una configuración genética, sino con una configuración que se obtiene mediante el desarrollo de la vida cotidiana. El sentido de lo que el Señor les quería decir iba dirigido a lo que en este tiempo conocemos como “padre adoptivo”, es decir, alguien que adopta y cría a un hijo no engendrado genéticamente. Un niño no necesita haber sido engendrado para ser configurado a la manera de vivir de su padre adoptivo. Así, el Señor les llamó a los que habían creído en Él: “*hijos del diablo*”, no porque el diablo tenga capacidad de engendrar hijos, sino porque estas personas estaban siendo configuradas a la manera de pensar del maligno. Sólo Dios puede engendrar hijos espirituales, el diablo no; pero satanás tiene la capacidad de configurar a los hombres a su manera de ser, de allí que vemos que en el corazón

humano hay ambición a las riquezas, egocentrismo, envidia, etc.

Hay un principio Inamovible del Reino de los Cielos que fue dicho por nuestro Señor Jesucristo: *“El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama”* (Mateo 12:30). No podemos estar en condiciones neutrales, o bien somos siervos de Dios, o somos siervos de Satanás, pero no podremos servirle a ambos. En una ocasión el Señor Jesús le dijo a Pedro: *“¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”* (Mateo 16:23). Pedro era discípulo de Jesús, pero en ese momento se convirtió en un “hijo del diablo” porque pensó como un hombre mundano, como uno que está configurado a la manera de satanás. Esto también aplica para nosotros; cuando ponemos nuestra mirada en las cosas de la tierra nos convertimos en “hijos del diablo”. Todo creyente que vive pensando sólo en sí mismo también es un “hijo del diablo”, así lo dice la palabra del Señor. Si no estamos

a favor del Señor, estamos en contra de Él; si no estamos haciendo algo para el Reino de los cielos, seguramente estamos colaborando con Satanás.

Si rechazamos la palabra de Dios de manera sistemática, en lugar de parecernos cada día más al Señor, vamos a parecer más hijos del diablo. El que vive para sí mismo ya está siendo configurado por Satanás, todo lo contrario a lo que dijo el apóstol Pablo en 2 Corintios 5:15 *“y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”*. La propuesta del diablo para nosotros no es que nos tiremos de cabeza a los vicios del mundo, más bien lo que nos propone es que vivamos para nosotros mismos, pero si le aceptamos ese mensaje, ya nos hemos convertido en hijos suyos. Nosotros como creyentes ya no debemos vivir para nosotros mismos, debemos vivir únicamente para el Señor.

Hermanos, podemos ser verdaderos creyentes en Jesús, podemos haber sido engendrados por Dios, pero si no

permanecemos ante la Palabra, el fundamento de nuestra fe tarde o temprano va a claudicar. Démosle cabida a la palabra en nuestro corazón, permitamos que ella se convierta en fuente de agua que salta para Vida Eterna. Dejemos que la palabra nos quiebre. ¡Amén!